

Título: Historia del perrito Blau y la gatita Siria, quimera de la arena

Hace frío. Esta noche ha helado y la manta sigue mojada. Hace tiempo que no limpian mi cubil y la verdad, casi lo prefiero. Cuando inundan con agua todo el cemento, la humedad tarda en desaparecer días y días. La suciedad lo invade todo y mis heridas tardan en cerrarse. Hace dos días que estoy aquí y he cambiado de compañeros. Uno de ellos, ya apenas se mueve, su mirada está perdida. No sé si recordando tiempos mejores o peores. Pero no sé que puede ser peor que esto. No conozco su nombre, aquí nadie lo tiene y a demás para qué. Recuerdo el día de mi llegada. Ruidos, ladridos y de repente... silencio. No sé qué ocurre tras la puerta verde, pero el olor que emana tras ella es igual al de la muerte. Te hiela por dentro. Pasa el día, ya está avanzada la mañana, aun no hemos comido y traen una manguera. Recibo una patada para apartarme de la puerta, no creo que fuera necesaria, a fin de cuentas no hay lugar para escaparme y simplemente me he acercado pensando en que tendría un poco de comida. Me mojan, tengo frío, otra vez...

Qué largo se hacen los días, pero al mismo tiempo, qué cortos. Mi compañero ha muerto, finalmente no pudo levantarse. Pero pronto será sustituido por otro, ya nada importa. Dentro de tres días todo habrá terminado, ya no más hambre, ni frío, ni

dolor. Supongo que debería alegrarme, es lo mejor. Un cambio, alguien llega, es un nuevo olor. Nos miran, sonrían y una puerta se abre. Uno de nosotros ha tenido suerte, es afortunado. El primero desde que llegue aquí hace seis días. Los demás sólo podemos mirar a través de nuestras rejas. Pasan las horas y viene otra el hombre de azul. Mi portón se abre, me llevan a la puerta verde. Mi nombre es Blau y añoro poder reivindicar mi condición de perrito fiel y amigo del ser humano.

Siria, así se llama mi preciosa gatita. Cuando está sentada, el pelaje son las arenas del desierto en toda su gama de colores. Quieta, geológica, con el aire apenas moviendo las dunas en su lomo, parece haber plegado el espacio en este preciso ciclo tan sólo ondulando su espalda, en una pausa específica, sinuosa, establecida en orbitas hipnóticas, que te atrapa. Así es como crea su propio territorio, en ese límite casi imperceptible, onírico en esencia, dentro de cuyas fronteras puede habitar libre sin tener que traspasar siquiera esta habitación. Ahí es donde nos encontramos cuando deja que compartamos la somnolencia, la caricia de ese rayo de sol entrando por la ventana. Armonía sin artificios. Y, a veces, más: Silencios. ¿Esperanzas quizá, sueños, dudas? Después, Siria sólo necesita un gesto súbito, gratuito e indolente, para interrumpir sus reflexiones, su calma, su paz, y

retornar el tiempo al mundo. Combinando con insolente naturalidad el misterio y la cotidianeidad, vuelve de su viaje interior para mirarme un momento, generosa y educada. Y yo le devuelvo la mirada con el convencimiento de los agradecidos, queriendo imaginar que mi compañía le ha humanizado lo bastante como para interesarse brevemente en saber si sigo bien antes de darme la espalda para continuar estirando despreocupadamente su pereza.

A su majestad me tiene inútilmente fiel, ya que no precisa, al revés de los humanos, súbdito ni país para ejercerla. Dueña del espacio y el imposible, se mueve entre la luz y la sombra con innata soberbia, revelando a los objetos hasta entonces inanimados su auténtica condición de trapecios elegantes y pasarelas aéreas.

Sé por los libros que ve y oye donde yo no puedo llegar y ella, consciente de ello, adopta el gesto de los seres etéreos y elementales, escuchando sin esfuerzo el sonido del cosmos moviéndose. Nunca ha dejado de ser aquella diosa arcana, la esfinge adorada en antiguos páramos. Puede reclamar, altiva, su lugar en el universo, pero prefiere regalarme su exceso de felicidad ronroneando sobre mi vientre, sin dejar de lado su auténtico destino: Mi gata completa definitivamente el mundo.

Seudónimo: Fransacris